

THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFÍA Y LETRAS

- ▶ **Federico Patán**
- ▶ **Leopoldo Zea**
- ▶ **Juliana González**
- ▶ **Edmundo O'Gorman**
- ▶ **Abelardo Villegas**
- ▶ **Sergio Fernández**
- ▶ **Carlos Bosch García**
- ▶ **Eduardo Nicol**



Abril / 1979

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.

Año I, Número 1

abril / 1979





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo

Secretario General Administrativo:

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

Secretario General Académico:

Dr. Fernando Pérez Correa

**THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director: Abelardo Villegas.

Editor: José Antonio Matesanz.

Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,

Juliana González, José Antonio Matesanz

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.

INDICE

Presentación 5

La Tradición Presente. EDMUNDO O'GORMAN: 7
Sobre la naturaleza bestial del indio americano.

EDUARDO NICOL: 21
El filósofo, artífice de la palabra

LEOPOLDO ZEA: 24
Crisis del sentido de la historia occidental

SERGIO FERNANDEZ: 31
El neófito y el monstruo

CARLOS BOSCH GARCIA: 33
México frente al mar

JULIANA GONZALEZ: 40
Spinoza y la libertad 51
Anatema a Spinoza

FEDERICO PATAN: 52
La ciencia ficción mira al futuro

ABELARDO VILLEGAS: 58
La ideología política de Octavio Paz

Notas y Reseñas: 65

María Andueza sobre Ungaretti y Góngora, 66
de José Pascual Buxó

Roberto Heredia Correa, sobre las Elegías de Tibulo 72

Gustavo Escobar sobre Cultura y política en 75
América Latina, de Abelardo Villegas.

ABELARDO VILLEGAS

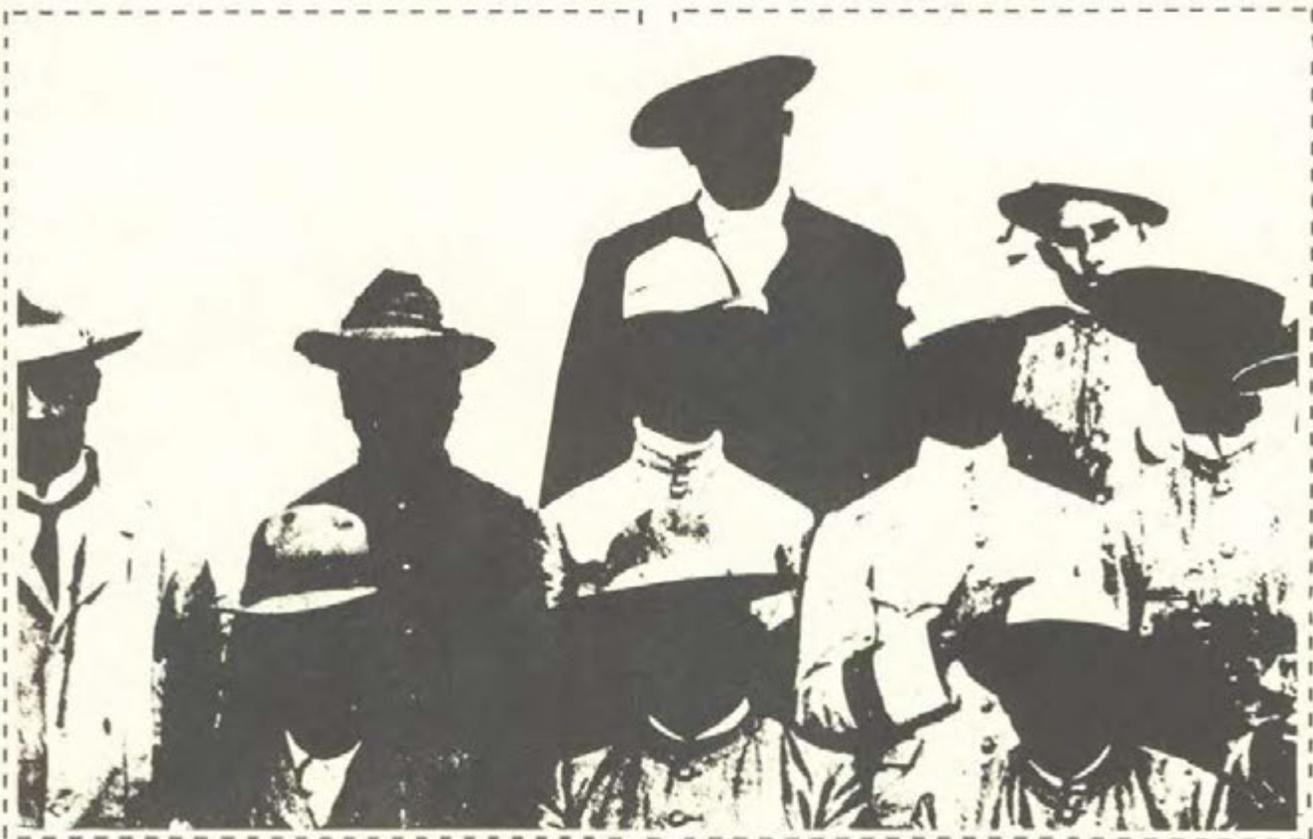
La ideología política de Octavio Paz

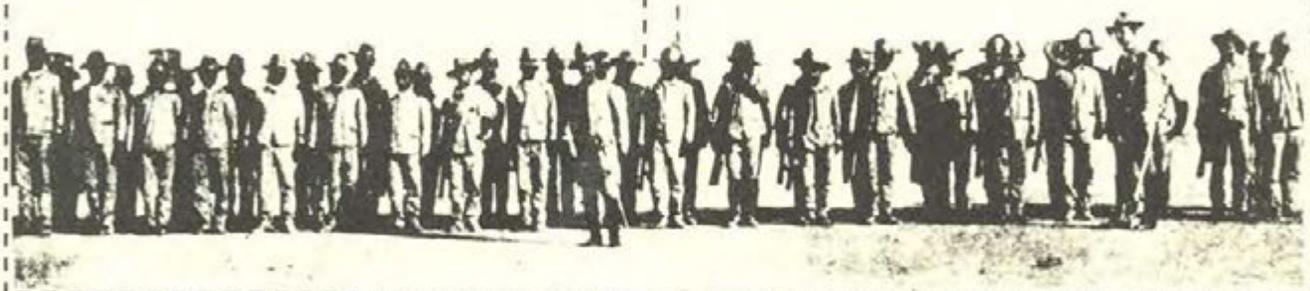
Como lo indica este título, vamos a tratar del pensamiento político de Octavio Paz, por lo cual quedan excluidas todas las valoraciones de orden literario, aunque no las referencias a su menester de hombre de letras y de poeta en particular. En efecto, a Octavio Paz le preocupa el papel del intelectual en la política, específicamente el del poeta, de lo cual se ha ocupado en diversas ocasiones.

Pero antes de exponer sus ideas es necesario hacer un diseño, aunque sea esquemático, de la perspectiva que de una manera u otra tiene que asumir el intelectual mexicano cuando se ocupa de cuestiones políticas. Esta perspectiva está determinada, en buena medida, por la acción del Estado mexicano sobre los intelectuales, acción que es más determinante en proporción a la eminencia del intelectual. La mayoría de estos intelectuales —y Paz no queda excluido— trabajan o han trabajado para el Estado mexicano. Muchos se ven beneficiados por las agencias culturales del Estado: el Instituto Nacional de

Bellas Artes, la Secretaría de Educación Pública, la de Relaciones Exteriores, El Colegio Nacional, los Premios Nacionales, etc. Por ello, cuando estos intelectuales, por circunstancias políticas o por obra del propio desarrollo de su pensamiento, se ven en trance de hacer una crítica global al sistema tienen dificultades para conciliar su acción con sus ideas y sobre todo para explicar su propia trayectoria.

La cosa no tendría mayor importancia si no fuera porque éstas son a veces muy incisivas, radicales y justas. O para decirlo con mayor precisión: le resulta muy difícil al intelectual hacer una crítica de oposición global desde una situación conciliatoria. Ciertamente que en esto hay grados, pero tal paradoja es constitutiva de la situación de la mayoría de los intelectuales destacados y determina en buena medida las fluctuaciones de su pensamiento político. Y esto es así porque la captación de los intelectuales, en forma directa o indirecta, es un rasgo político permanente del Estado mexicano. Semejante proceso de





captación incorpora a los intelectuales a capas privilegiadas de la población mexicana, desde las cuales toda posición de radicalismo corre el peligro de carecer de autenticidad. Los intelectuales viajan, sus obras se publican, son agasajados por los políticos, tienen casas de campo y, luego, desde sus bien nutridas bibliotecas, escriben obras o artículos de oposición global al sistema.

Lo anterior no es un juicio de valor sino un dato del que hay que partir para comprender la vida cultural de México y desde el cual tienen que partir los propios intelectuales para explicarse a sí mismos y al mundo en que viven.

El mismo Paz es consciente de ello y por eso ha dicho "En México, todos o casi todos los escritores, sin excluir a gente que fue la independencia misma como Revueltas y Cosío Villegas, hemos servido en el gobierno. Compromiso peligroso que puede convertirse en pecado mortal si el escritor olvida que su oficio es oficio de palabras y que entre ellas una de las más cortas y convincentes es NO. Uno de los privilegios del escritor es decir NO al poder injusto" (*Proceso*/58/12 de diciembre, 1977).

En el pensamiento político de Octavio Paz hay dos etapas, una, antes de 1968, y otra después. Su oposición al sistema mexicano corresponde a la segunda.

En una primera etapa Paz dice SI a la Revolución Mexicana al grado de considerarla como una torsión fundamental de nuestra historia con un significado ontológico y sustancial. En *El laberinto de la soledad* afirmaba: "por la Revolución el pueblo mexicano se adentra en sí mismo, en su pasado y en su sustancia, para extraer de su

entraña, su filiación. De ahí su fertilidad que contrasta con la pobreza de nuestro siglo XIX" (FCE/1963/p. 116). Paz suponía entonces, y aún mucho después, que nuestra historia está compuesta por capas que ocultan una realidad sustancial y radical. La Revolución era para él una instancia que transparentaba mejor que ninguna otra tal sustancia. Esta fue una expresión que explicaba o formulaba lo que de una manera más tosca proclamaba la demagogia oficial: que la Revolución es el hito más importante de nuestra nacionalidad y aun de nuestra humanidad.

Muchos años más tarde (la primera edición del *Laberinto* data de 1950), en 1977, Paz dice que "entre 1945 y 1960 el país —mejor dicho, la burguesía, la clase media y vastos sectores de la clase obrera— viven en un estado de satisfacción hipnótica. Era el reposo de la digestión, la siesta histórica. En 1968 se rompió el consenso..." (*Proceso* *ibid.*). Podríamos quizá, afirmar que una opinión como la del *Laberinto* correspondía a una satisfacción hipnótica que se suspende por los acontecimientos de 1968. Ellos revelaron una grieta profunda en el México desarrollado. Pero aun así, Paz no creyó que ya nos enfrentáramos a una situación revolucionaria. En *Posdata* (primera edición 1970, la citada aquí es la undécima, Siglo XXI, 1977) afirma "ni el temple del pueblo mexicano es revolucionario ni lo son las condiciones históricas del país. Nadie quiere una revolución sino una reforma; acabar con el régimen de excepción iniciado por el Partido Revolucionario hace cuarenta años", lo que se quiere es "democratización" (p. 35).

Paz vio en *Posdata* la crisis de 1968 como la crisis del México desarrollado, que se presentaba justamente cuando ese desarrollo iba a recibir la sanción internacional al celebrarse aquí los juegos olímpicos. Era un momento en que la Revolución mexicana había ya degenerado en un régimen burocrático y paternalista que había tenido como resultado la creación de dos Méxicos, uno desarrollado y otro subdesarrollado. En 1970 Paz creía que la solución estaba en la democratización, que tanto en Rusia como en México la falla consistía en buscar el desarrollo sin la democracia. La perspectiva cambia ahora. "Hoy en 1977, ha afirmado Paz, la contradicción entre el México desarrollado y el subdesarrollado se ha vuelto más aguda. No es la contradicción de dos clases sino de dos tiempos históricos, incluso de dos países" (*Proceso* *ibid.*). El proyecto de modernización de México ha fallado por la existencia de ese trasfondo de miseria y ahora hay que encontrar nuevas soluciones.

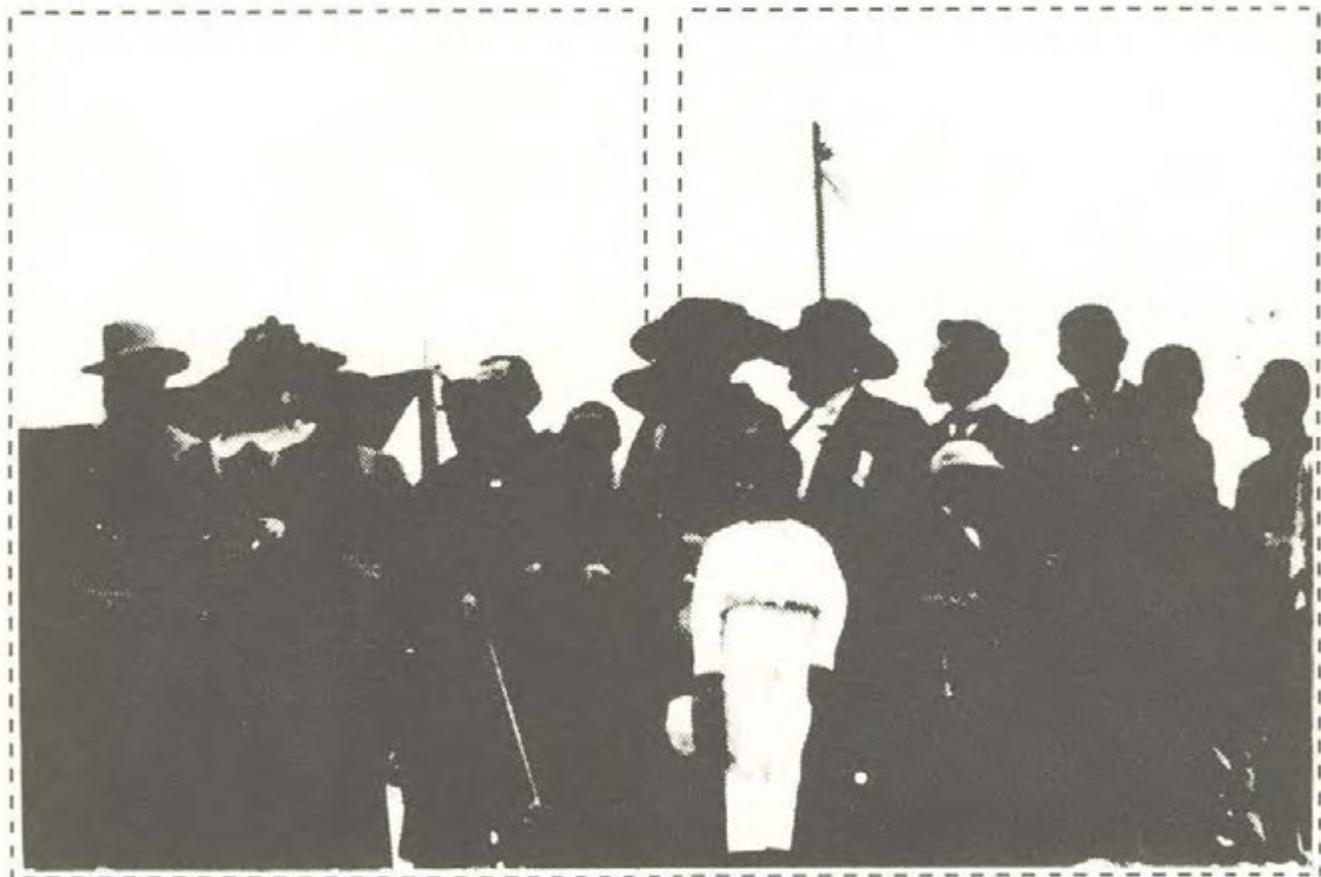
Paz sigue creyendo ahora lo que dijo en *Posdata*, "sólo una solución democrática permitirá que se planteen los graves problemas del país, en especial de la integración del México subdesarrollado o marginal" (p. 93).

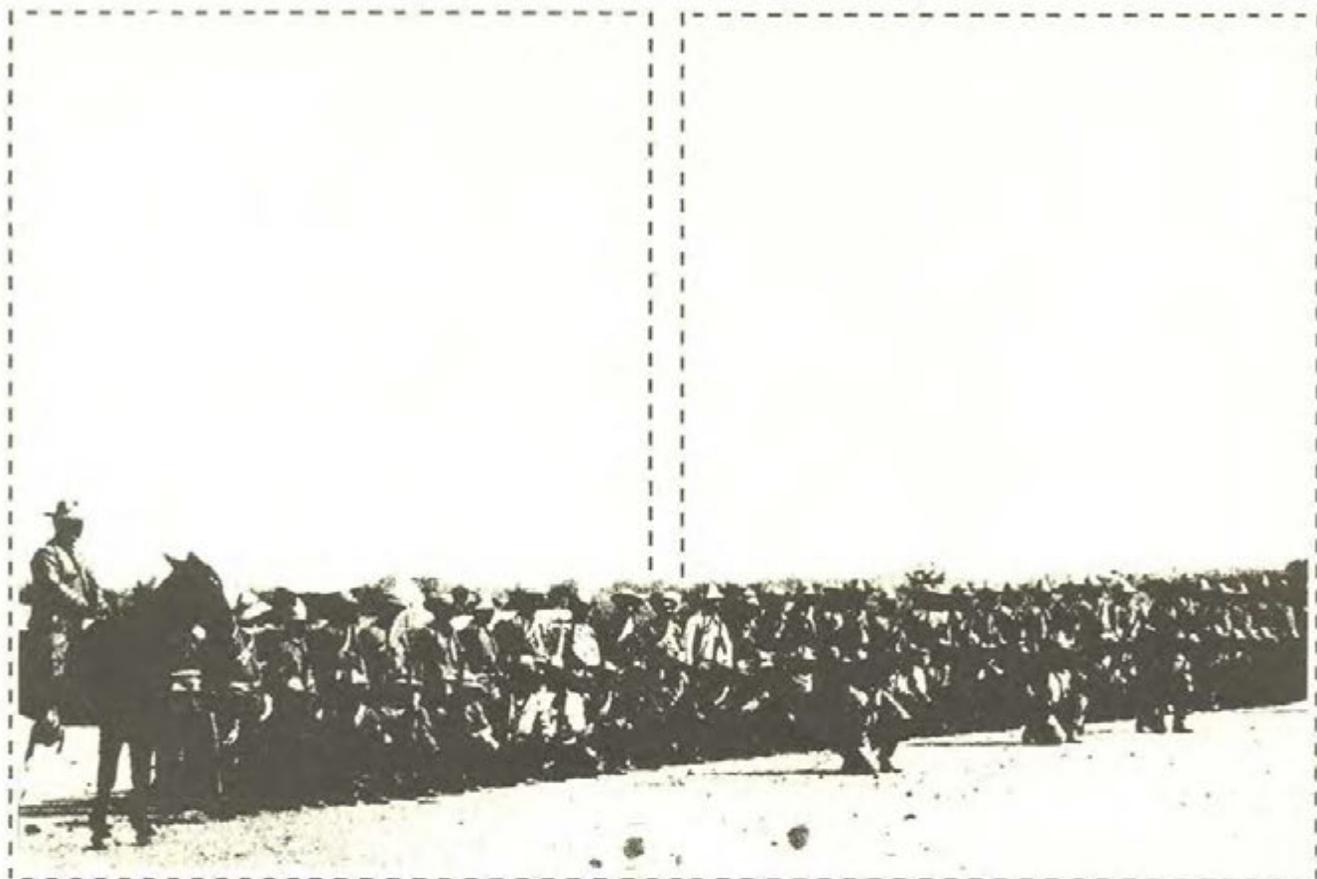
Paz no habla de una nueva revolución, incluso duda de la existencia de revoluciones modernas. Con muchas reticencias y salvedades a las que después nos referiremos habla del posible tránsito al socialismo o de la construc-

ción de un nuevo proyecto nacional. De cualquier manera, no cree que nuestra disyuntiva sea escoger entre el socialismo o el fascismo dependiente. "¿Por qué no ponernos a pensar por nuestra propia cuenta, por qué no inventar soluciones?" pregunta, expresando una preocupación muy propia de su generación.

Aquí hay varias cuestiones a considerar: la primera de ellas resulta de que muy probablemente Octavio Paz no vería una contradicción entre considerar a la Revolución como el hito fundamental de nuestra historia y el que sufriese un proceso degenerativo, el cual justamente se encuentra en el foco de la discusión y de la crítica. Yo considero, sin embargo, que la degeneración de la Revolución Mexicana es una de las consecuencias de los gérmenes que en ella se encontraban aun antes de que tal degeneración fuera aceptada casi unánimemente. Tal es, por ejemplo, el caso central de la corrupción. La corrupción aparece desde los primeros momentos de la Revolución y no sólo como una peculiaridad moral sino como una característica explicable sociológica y políticamente. El mismo Paz la ha explicado como una característica del patrimonialismo de nuestros regímenes políticos; de que nuestros regímenes, por fuertes atavismos seculares, consideran al país como un patrimonio de los grupos gobernantes.

Ahora no discuto eso, lo que creo es que si el propio Paz se adhiere a este tipo de explicaciones forzosamente





ha debido cambiar su idea general de la Revolución, desde considerarla como el máximo fenómeno humanístico de nuestra historia hasta considerarlo como un fenómeno altamente deficiente desde sus orígenes.

Otra cuestión es la de ponderar la necesidad de una nueva revolución, con ciertas características que le atribuye. Paz considera el socialismo como la única salida. Pero si no es necesaria otra revolución, se abriría entonces la posibilidad de transitar al socialismo *sin* revolución. ¿Estamos en efecto, como alguien lo ha dicho, frente a un social demócrata? En *Corriente alterna*, cuya primera edición es de 1967 (la consultada ahora es de 1975, ed. Siglo XXI) Paz esboza una idea que le es muy característica y que está cerca de contradecir su opinión del socialismo como posibilidad señera. Dice: "La acepción de la palabra revolución como cambio violento y definitivo de la sociedad pertenece a una época que concibió la historia como un proceso sin fin. Rectilínea, evolutiva o dialéctica, la historia estaba dotada de una orientación más o menos previsible. Poco importaba que ese proceso apareciese, visto de cerca, como marca sinuosa, espiral o zigzagueante; al final la línea recta se imponía; la historia era un continuo ir hacia adelante" (p. 196).

Esta concepción es justamente la que Paz critica. Para él, en nuestros días, la orientación única se vuelve plural. Una crítica a la razón revolucionaria muestra que no hay tal modelo único. La situación del llamado "tercer

mundo" es un ejemplo de ello. "El tercer mundo carece de una teoría general revolucionaria y de un programa; no se inspira en una filosofía ni aspira a construir la ciudad futura según las previsiones de la razón o la lógica de la historia: tampoco es una doctrina de salvación o liberación como lo fueron en su tiempo el budismo, el cristianismo, la Revolución francesa y el marxismo revolucionario. En una palabra: es una revuelta mundial pero no es ecuménica; es una afirmación de un particularismo a través de un universalismo —y no a la inversa" (p. 196).

Difícil equilibrio el de las opiniones de Paz, porque si hay incompatibilidad entre un pluralismo, como el que arriba se indica, y la opinión que transcribiré a continuación acerca de que el socialismo es la única salida racional de la crisis de Occidente. A menos que se considere que ninguna de las partes del tercer mundo pertenece a Occidente, como en el caso de los mexicanos. O que nuestras soluciones no sean racionales y el socialismo sea la única racional. En todo caso, el pluralismo sí admitiría la posibilidad de un cambio muy profundo sin revolución y hasta un socialismo implantado sin revolución.

Paz plantea una polémica con el socialismo que le ha concitado muchos odios. De hecho, Paz pone en duda que alguna vez haya existido el socialismo. "El socialismo en los países subdesarrollados,

como lo demuestra la experiencia de este siglo, se transforma rápidamente en un capitalismo de Estado, generalmente controlado por una burocracia que gobierna de una manera despótica y absoluta en nombre de una idea (ideocracia)." Por eso su opinión es tajante: "Yo no rechazo la solución socialista. Al contrario, el socialismo es quizá la única salida racional a la crisis de Occidente. Pero, por una parte, me niego a confundir el socialismo con las ideocracias que gobiernan en su nombre en la URSS y en otros países. Por otra parte, pienso que el socialismo verdadero es inseparable de las libertades individuales, del pluralismo democrático y del respeto a las minorías y a los disidentes. Por último, el socialismo fue pensado y diseñado para los países desarrollados. Según Marx y Engels es la etapa más alta del desarrollo social, de modo que viene después y no antes del capitalismo y la industrialización." (*Proceso* *ibid.*).

Esta opinión de Octavio Paz, aunque expresada en 1977, no es nueva en su trayectoria ideológica. Ya se encuentra escrita en un libro muy anterior, *El arco y la lira*, dedicado a cuestiones estéticas, y manifiesta una idea que ha tenido dos momentos de eclosión: uno, en 1938 o en general a finales de la década de los treinta cuando el régimen staliniano se volvió contra los propios bolcheviques y los sometió a los famosos procesos de Moscú firmando, poco después, un pacto de no agresión y de amistad con el régimen hitleriano. En ese momento toda una generación que había creído con fe ciega en el socialismo soviético despertó conmocionada y renegó pasándose muchas veces a la derecha y aun al fascismo. Isaac Deutscher, que ha estudiado este fenómeno en un sugerente librito, *Herejes y renegados*, sostiene que el stalinismo dejó sin cobertura a estos decepcionados, sin alternativas, y los lanzó a los brazos del capitalismo al cual sólo se acogieron por amargura y resentimiento pues ya antes habían abjurado de él. A esta generación le fue muy difícil imaginar un socialismo que no fuera el soviético, entre otras razones porque sólo el soviétismo constituía una verdadera experiencia histórica socialista.

El otro momento es el actual. Mucha gente, proclive a la izquierda, no considera que las experiencias socialistas no soviéticas, la china, la cubana, la vietnamita, la de los países de la Europa oriental, hayan superado del todo la marca stalinista y consideran que la tiranía socialista, o la ideocracia, como la llama Paz, es elemento constitutivo del pensamiento marxista leninista. Paz es de esta misma opinión: "¿No será, dice, que la concepción leninista del partido comunista como la 'vanguardia' de la clase obrera, aliada a la idea marxista de la dictadura del proletariado, tenía que resultar en lo que ha resultado? No me refiero a los excesos paranoicos de Stalin y a otros 'accidentes' de ese género sino a los rasgos constitutivos del socialismo burocrático" (*Proceso* 63/16 de enero, 1978).

O sea, que Paz rechaza el dogma de la necesidad dictatorial del socialismo y de la supuesta representatividad del partido, o de un grupo del partido o de una persona del partido.

En una polémica sostenida con Paz en los meses de di-

ciembre de 1977 y enero de 1978 en las páginas de la revista *Proceso*, Carlos Monsiváis le reprochó a Paz sus excesivas generalizaciones sobre el socialismo, sobre la izquierda nacional en lo particular, alegando que para comprender al socialismo no sólo hay que tomar en cuenta sus defectos sino también sus cualidades, o sea sus heroicas luchas en pro de la liberación. Pero, según mi punto de vista, cuando Paz les reprocha a los marxistas mexicanos su ceguera histórica lo que dice es que no se han lanzado a la construcción de un modelo depurado o inédito del socialismo. Porque, en última instancia, eso es lo que Paz pide, la invención de una solución nueva curada de esos errores que estamos señalando. Lo que no queda muy claro es si se trata de una invención dentro del espíritu socialista; o, según se desprendería de la cita que hicimos anteriormente, la invención de un modelo que propicie el desarrollo democrático para que por fin, sobre él, pueda instaurarse el socialismo.

Habría que agregar que el problema es arduo porque al rechazar las experiencias históricas del socialismo y del capitalismo se queda uno con el solo poder de la imaginación. Situación, por otra parte, muy propia de un poeta.

Muy conectados con el tema de la democratización están, en el pensamiento de Paz, el tema del Estado y el tema de la burocracia. Alguien ha dicho, con razón, que hay algo de anarquía en esa preocupación: "...el Estado, dice Paz, ésa es la verdadera amenaza a la que se enfrentan lo mismo los europeos que los asiáticos, los africanos que los latinoamericanos, es decir el mundo entero. El monstruo frío ha crecido desmesuradamente en este siglo. A su imagen y semejanza, las otras organizaciones sociales, empresas capitalistas, sindicatos obreros, partidos políticos, se han transformado en Estados en miniatura, cada uno dotado de su correspondiente burocracia. El planeta se estatiza, es decir, se burocratiza. El proceso está más avanzado en los países llamados socialistas, pero también en los capitalistas ha dado pasos gigantescos: las multinacionales, el complejo 'militar-financiero' de los Estados Unidos, la CIA, el sindicalismo monolítico, los monopolios de la comunicación, etc." (*Proceso* No. 58).

Este es otro de los tópicos de la crítica avanzada de izquierda, pues debemos recordar que el socialismo propone la socialización de la economía y la política, no su estatización. Quien sostiene que el orbe de la moralidad es la coincidencia entre la voluntad individual y el Estado es Hegel. Herbert Marcuse ha dicho que en la URSS, en vez de implementarse una política marxista, se ha realizado una política hegeliana. La experiencia histórica de los socialismos ha reforzado la presencia del Estado en vez de liquidarlo o hacerlo desaparecer. Tal exageración centralista ha dado nueva validez a la crítica anarquista y, de hecho, ha mostrado que el anarquismo es un polo permanente de la conciencia socialista. Por otra parte, es interesante que Paz advierta la proliferación de centralismos en corporaciones aparentemente menores como las empresas o los sindicatos. El centralismo es, de hecho,

una actitud ante los problemas sociales y, en el caso del socialismo, representa el otro polo de la conciencia socialista, determinado por la complejidad de los problemas sociales, por los desaciertos de la participación espontánea de las llamadas bases, por la prisa en alcanzar y sobrepasar los logros del capitalismo avanzado y por los conflictos bélicos suscitados en su enfrentamiento. Marcuse ha dicho también que esta situación está determinada por el hecho de que el capitalismo y el socialismo son ahora coexistentes y no sucesivos, al contrario de como se había previsto en las fuentes del pensamiento socialista. Estas son las aporías del desarrollo socialista; señalarlas es útil, pero más lo es apuntar soluciones. Paz reconoce su perplejidad ante los problemas pero se niega enérgicamente a pasarlos por alto, y en esto reside justamente su crítica a los que llama santones o escribanos de la izquierda intelectual.

En *Posdata* su crítica al centralismo mexicano se convierte en lo que él llama la crítica de la pirámide. Recogiendo algunas sugerencias de Vasconcelos cree advertir una continuidad entre la estratificación del mundo azteca en cuyo vértice se encuentra la figura del tlatoani, sus hábitos de masacres sangrientas y los procesos políticos de la república hasta nuestros días. "El tlatoani es impersonal, sacerdotal e institucional; de ahí que la figura abstracta del Señor Presidente corresponda a una corporación jerárquica y burocrática como el PRI." En cambio, el caudillo, una figura opuesta a la del tlatoani es "personalista, épico y excepcional", por eso aparece en los momentos de la ruptura del orden. Nuestra historia está hecha de tlatoanis y caudillos, pero todos aspiran a la primera condición. Y respecto a lo sangriento, Paz dice que "los verdaderos herederos de los asesinos del mundo prehispánico no son los españoles peninsulares,

sino nosotros, los mexicanos que hablamos castellano, seamos criollos, mestizos o indios" (*Posdata* pp. 144 y 153).

Estas ideas, sobre las que no quiero extenderme, al contrario de lo que pudiera creerse no son una metáfora en el pensamiento de Paz sino que están fundadas en una creencia metafísica: la de que existen dos niveles en la historia, uno aparente y otro soterrado. Para Paz la historia aparente, los edificios, las actitudes, las instituciones son, ellas sí, expresiones metafóricas de una realidad profunda. El Zócalo, el Palacio Nacional, la Plaza de las Tres Culturas, el Museo de Antropología, las propias Pirámides son expresiones metafóricas de una historia profunda. "Los hechos contemporáneos, dice, son una metáfora de ese pasado que es un presente enterrado" (*Posdata* p. 149). "Reducir el significado de un hecho a la historia visible es negarse a la comprensión e, inclusive, someterse a una suerte de mutilación espiritual." "...La historia visible de México es la escritura simbólica de su historia invisible", y todavía más, "...ambas son la expresión, la reiteración y la metáfora, en diversos niveles de la realidad, de ciertos momentos reprimidos y sumergidos" (*Posdata*, p. 150).

Dos palabras acerca de esta cuestión: esta idea de una historia visible y de una historia profunda que tan importante papel juega en *Posdata* y *El laberinto de la soledad* tiene, sin duda, una raíz psicoanalítica que, por cierto, ha excitado la imaginación poética. Mucho de ello encontramos, por ejemplo, en la obra de Carlos Fuentes, especialmente en *La región más transparente*. La razón es clara: a esta historia profunda o soterrada no se accedería empíricamente sino poéticamente. Al contrario, nosotros diríamos que no estando



presente el fenómeno histórico sino sólo su huella en testimonios, edificios, objetos, la ciencia histórica reconstruye lo acontecido a partir de las huellas: esta reconstrucción, si aspira a constituir un conocimiento, tiene que acatar ciertos patrones lógicos, aunque, hay que admitirlo, requiere de cierta imaginación, pero sometida a una congruencia. La explicación causal es una de esas formas lógicas. Hasta donde es posible se tiene que presentar los hechos históricos conectados causalmente. Y a mi juicio, la tarea del psicoanálisis es la misma, los síntomas neuróticos son las huellas de fenómenos no empíricos, a partir de ellos se reconstruyen dichos fenómenos y las consecuencias se manifiestan en conducta empírica. Se trata de zonas conocidas y zonas no conocidas de manera directa. Pero, al menos en la historia, no se trata de una realidad fundante y otra fundada sino de diversas maneras de acceso a una y la misma realidad, determinadas por la posición del observador. La cosa se complica extraordinariamente y se hace irracional si se establecen niveles simbólicos y se supone que sólo una especie de intuición poética penetra a los niveles fundamentales. Mas no sólo se trata de una complicación sino de una ausencia de explicación. La política y la historia son menesterosas de una explicación: si ella desaparece en pro de una intuición más o menos poética, se dan, entonces, esos fenómenos de extranjeros que andan buscando pirámides en el subsuelo de la ciudad de México, de chicanos que hacen ceremonias en Teotihuacán, todo ello en busca de una historia fundamental.

Hemos llamado a este texto *La ideología política de Octavio Paz*. Aquí, la palabra ideología la tomamos en su sentido habitual, es decir, como una secuencia de ideas sobre cuestiones políticas condicionadas por la estructura social. Y es justamente este condicionamiento del intelectual lo que discute Octavio Paz. Paz afina un poco más y dice "Creo que el escritor —la palabra intelectual es muy amplia y abarca muchas categorías— es, como escritor, en las sociedades modernas, un ser marginal. Y por serlo, justamente, ejerce una función crítica. Esa función es central pero a condición de que aquel que la ejerce no esté en el centro de la acción, como el político, sino al margen. La eficacia política de la crítica del escritor reside en su carácter marginal, no comprometido con un partido, una ideología o un gobierno". ¿Cuál es, entonces, su punto de apoyo? "El escritor no es el hombre del poder ni el hombre del partido: es el hombre de conciencia" (*Proceso* no. 58). Paz rechaza, expresamente, la *eficacia política* como una meta válida del escritor en su crítica, justamente porque en nombre de la eficacia se ha cometido una serie de crímenes y tergiversaciones. También niega que la palabra conciencia pueda ser sustituida por la palabra ideología; sólo que aquí esta última la toma como instrumento de poder, alcahueta de los Césares, dice, de los Inquisidores y de los Secretarios Generales.

En cambio si acepta el sentido que aquí le hemos dado: "pero la conciencia del escritor, como la de todos los hombres no es un absoluto: está *situada* dentro de unas cir-

cunstancias sociales e históricas concretas. Dentro de esos límites, el hombre puede a veces decir NO a los poderes injustos y obrar conforme a su conciencia" (*Proceso* No. 63).

Tales afirmaciones de Paz, como ya lo hemos dicho, suscitaron las críticas de una cierta izquierda. Carlos Monsiváis habló de los compromisos de lucha de los escritores. Pero para aclarar la cuestión sería necesario distinguir entre aquellos que libremente asume, los cuales podrían llamarse justamente compromisos, de aquellas otras determinaciones con las que necesariamente se encuentra por ser un hombre en sociedad. Yo entiendo que Paz está movido por un imperativo de verdad, que esta verdad debe enunciarse por el escritor aunque a veces entre en conflicto con los compromisos contraídos y desde la situación histórica en que está inserto. Para ello no le cabe al escritor más que una apelación a su conciencia: más allá, en lo posible, de los intereses de clase, partido o nación.

Sólo cabe apuntar que, efectivamente, la labor de un escritor, concebida de esa manera lo convierte en un ser marginal, en una especie de apestado de todas las sociedades porque el compromiso con la verdad y con su conciencia es algo no aceptado socialmente. La sociedad más bien quiere la eficacia, y cuando no hay eficacia sino verdad, entonces se le imputa al escritor una especie de locura.

Al describir Paz al escritor comprometido sólo con su conciencia describe al mismo tiempo la situación de su pensamiento político. Se trata de un pensamiento sin asideros empíricos, que ha rechazado prácticamente toda tesis que no sea la de una permanente crítica. Tal vez por eso, sus propios críticos tratamos de diagnosticar sus verdaderas afirmaciones por la cantidad de críticas que le propina a cada tesis. Si las críticas que hace al socialismo son en mayor cantidad y vehemencia que las que le hace al capitalismo, entonces está a favor del capitalismo.

Cuando menciono la ausencia de asideros empíricos quiero decir que en el pensamiento de Paz hay muchas opiniones que merecen explicaciones. Por ejemplo, el real o supuesto fracaso del socialismo tiene una explicación histórica sólo apelando a la cual se puede diagnosticar la verdadera naturaleza del fenómeno. Lo mismo ocurre con la política priista. Esta explicación tiene que ser fundamentalmente una explicación histórica y no sólo intelectual. El origen del stalinismo no se puede localizar nada más en unas cuantas afirmaciones de Marx sino también en un largo y complicado proceso histórico. Y creo que vale la pena concluir diciendo que sólo un minucioso análisis histórico nos puede sacar del nihilismo a que arriban algunos escritores únicamente comprometidos con su conciencia. Sólo un análisis de lo que ocurre, en contraste con las posibilidades, con lo que puede ocurrir y con lo que, según el observador, debiera ocurrir, pueden fundar una verdadera tesis, una afirmación que se abra paso en un mar de dudas.